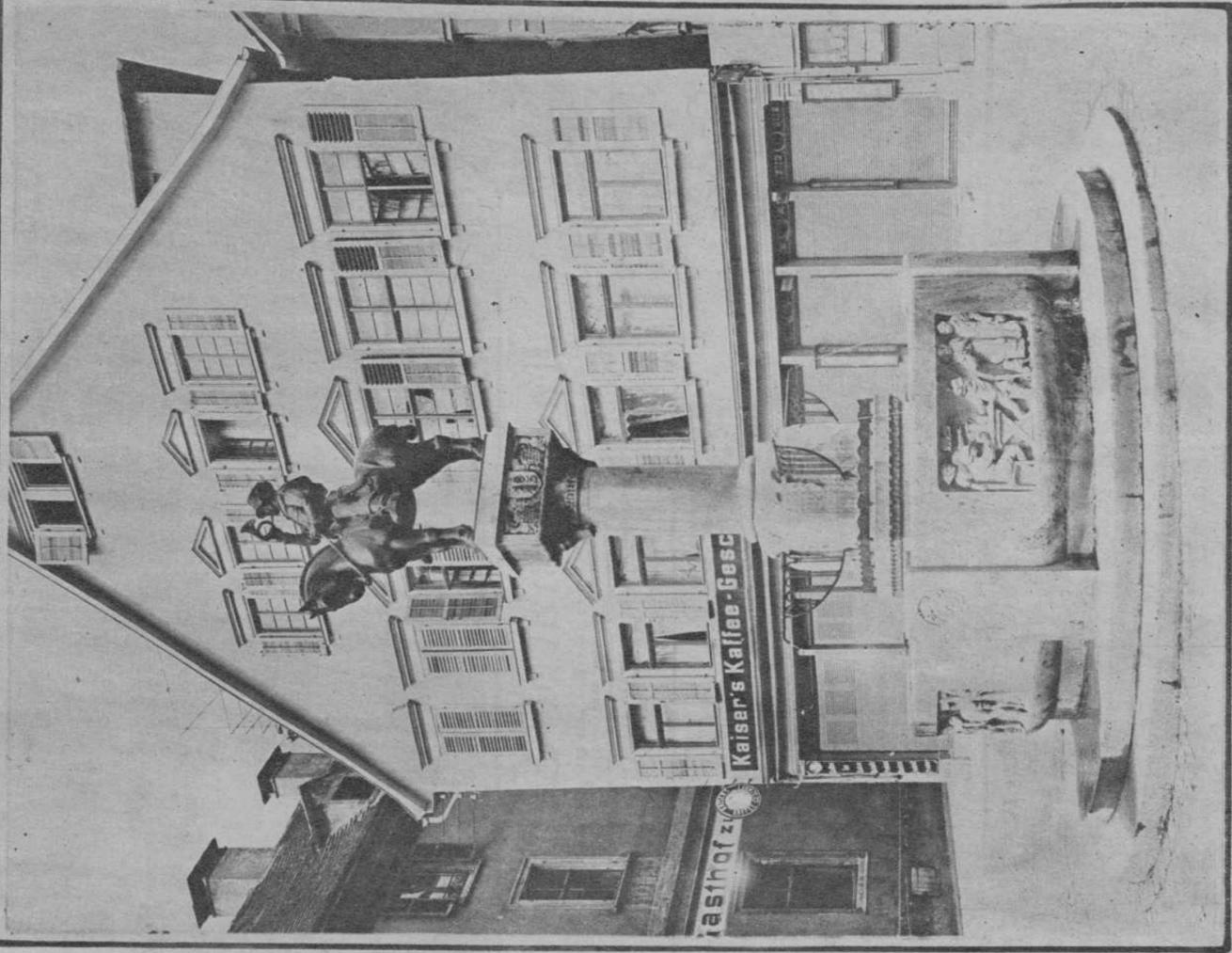


PÁGINAS  
EXTRAORDINARIAS

DE  
El Día Crístico

MARZO  
24  
1929

NUM.  
154



La Fuente del Heraldo, en Esslingen (Alemania).—(Fot. S. C.)

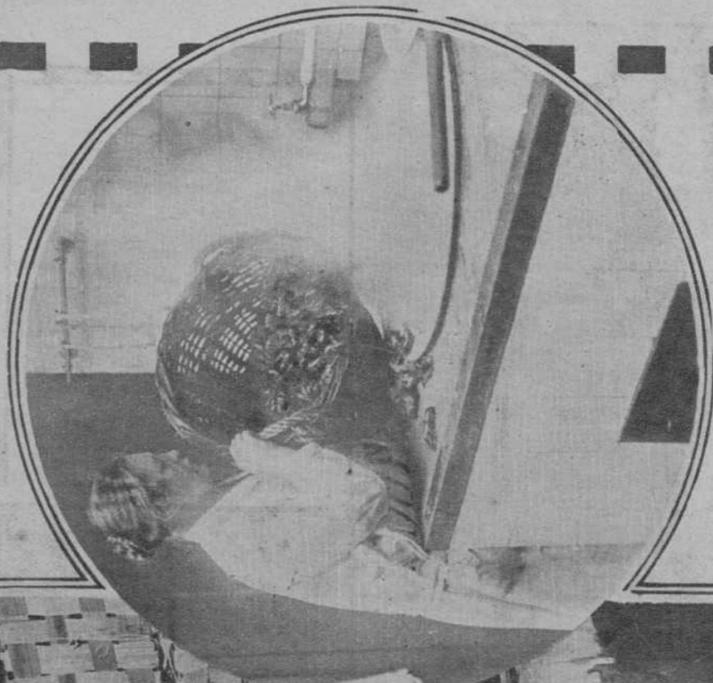


LA PESCA Y PREPARACION DE LOS CANCHOS CONSTITUYE EN ALEMANIA, UNA INDUSTRIA PRODUCTIVA

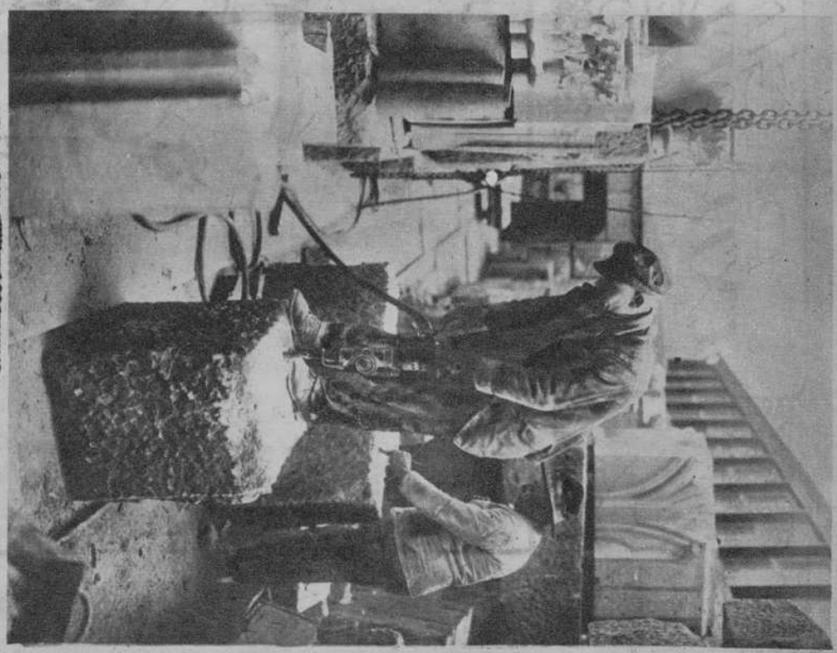
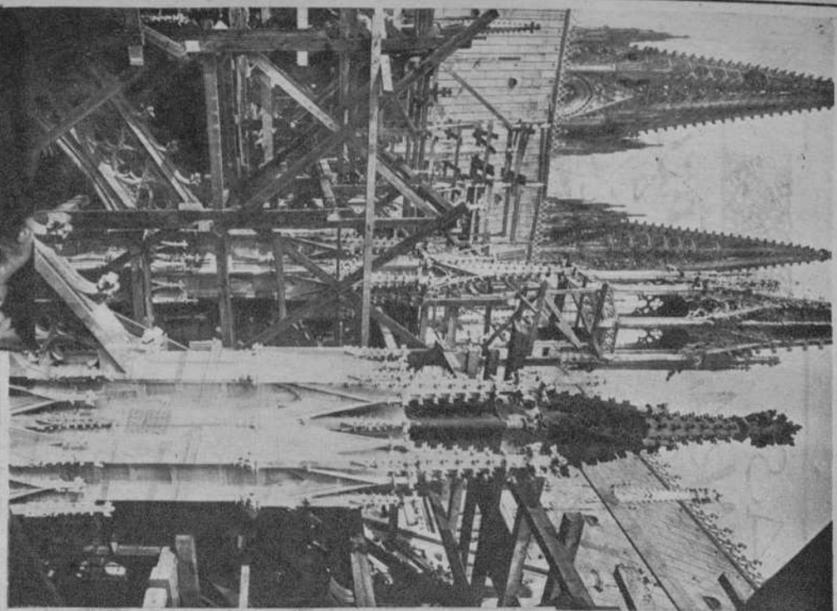
La limpieza del crustáceo



Escojiendo la calidad para la venta



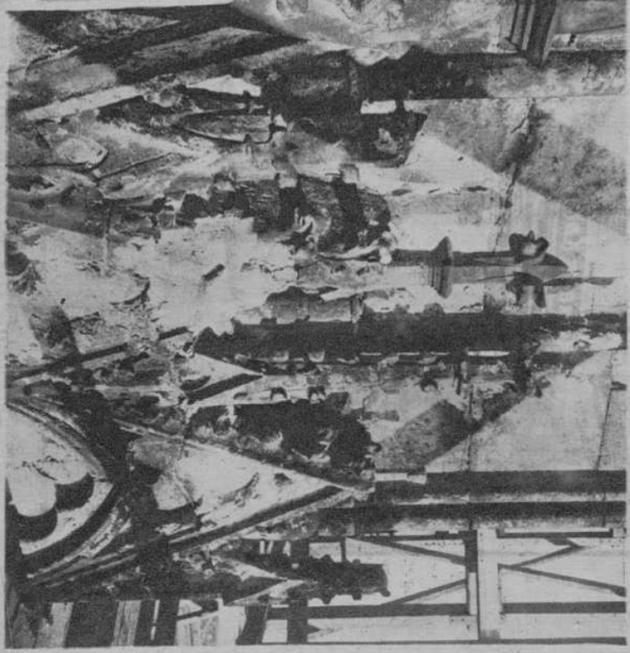
La limpieza.—(Fots. Scherl)



## La Catedral de Colonia

LA CATEDRAL DE COLONIA, LA JOYA DEL ARTE GÓTICO, SUPRE LAS NATURALES INUNDAS DEL TIEMPO. HAY QUE RENOVAR SILLARES, ESCULPIR, BLOQUEAR, ASICURAR LA RESISTENCIA DEL ENGAJE DE PIEDRA DE LA SOBERBIA FABRICA. HE AQUÍ DIVERSOS ARTISTAS EMPLEADOS EN LA LABOR RENOVADORA DE LA VIEJA Y FAMOSA CATEDRAL.

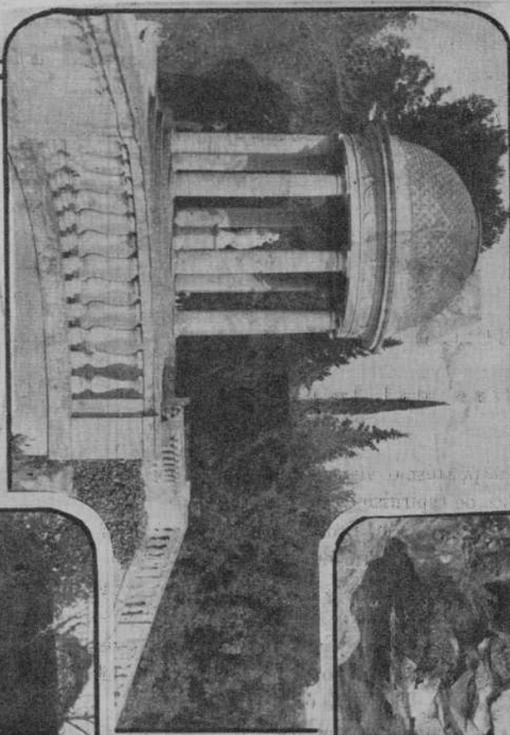
(Fot. Schmitz)



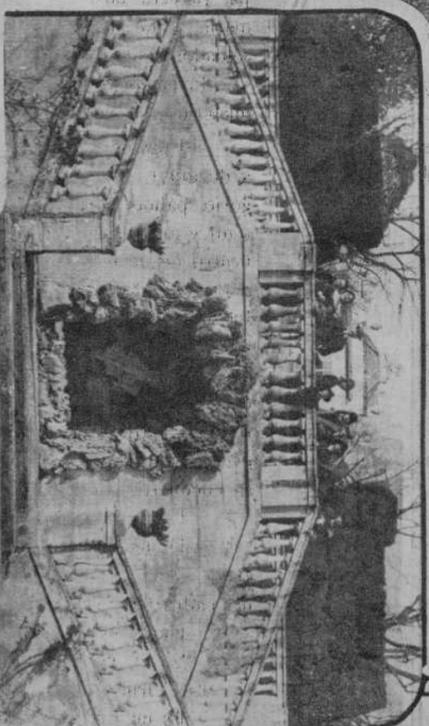
## Los hermosos Jardines de Barcelona



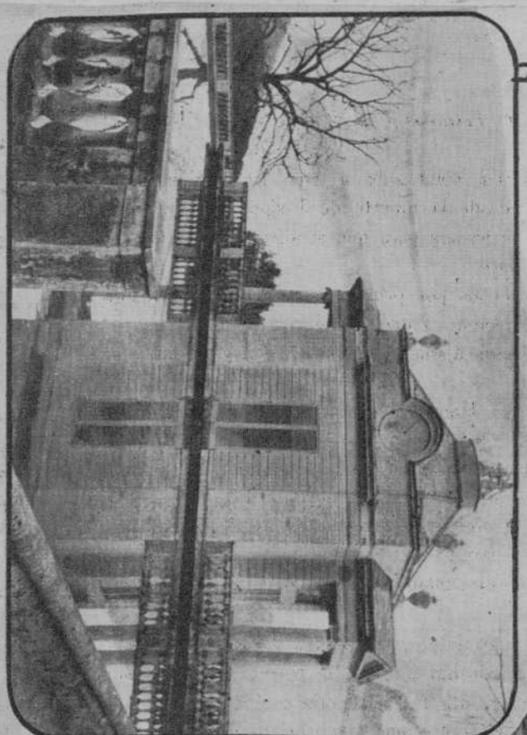
EL LABERINTO DE HORTA.—Un detalle de los jardines



El templo de Venus

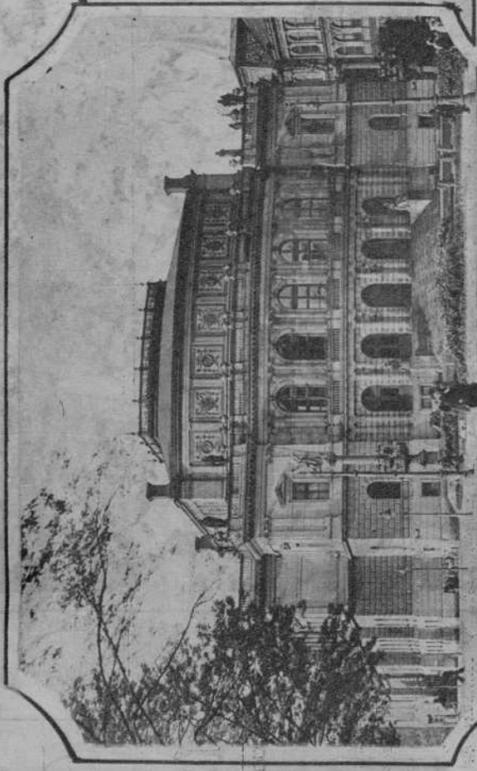


La escalera de entrada



El Museo  
(Fot. Baillie)

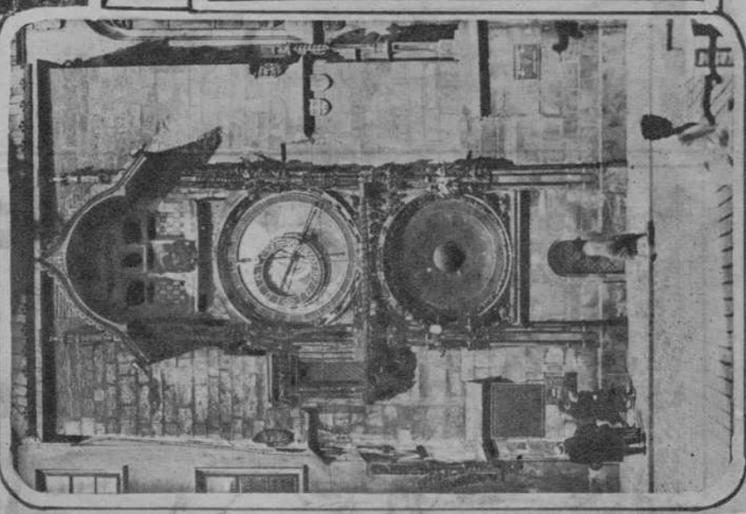
# Las bellezas de Praga



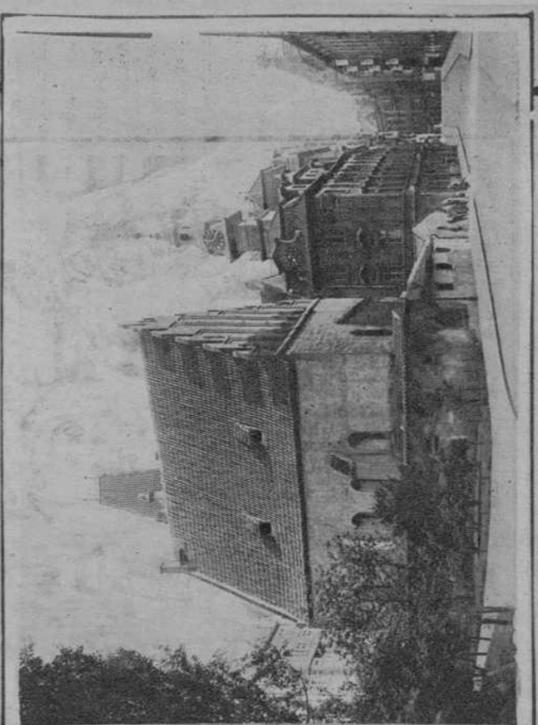
El Palacio del Parlamento



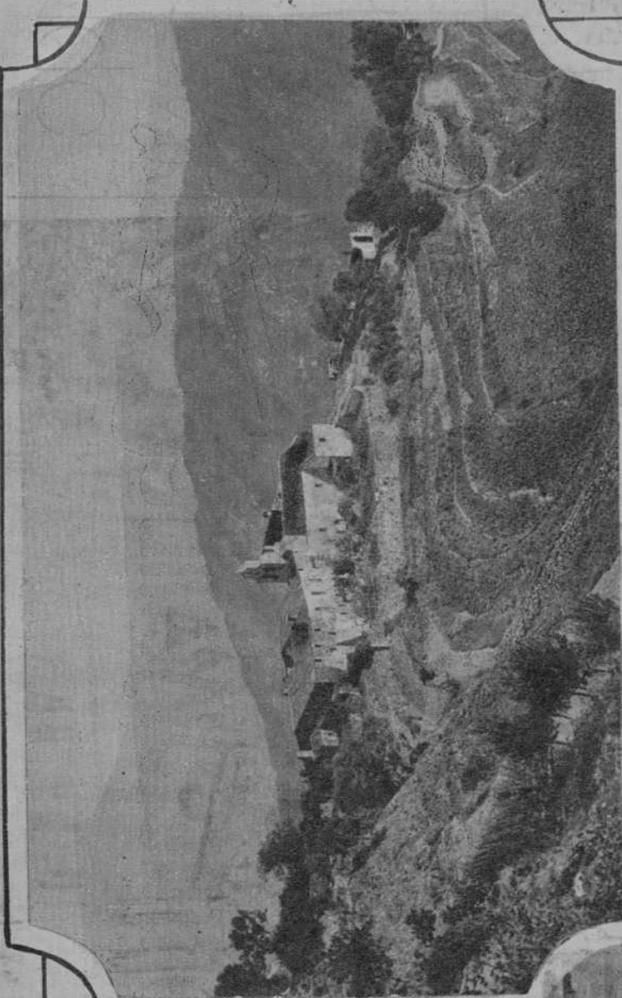
Un rincón de la vieja capital



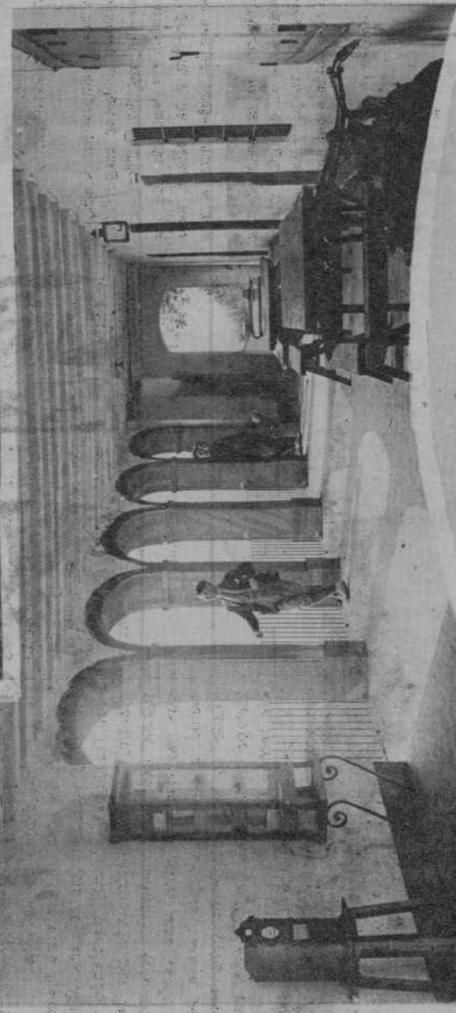
El celebre reloj astronómico, verdadera maravilla



La Sinagoga.—(Fots. Vidal)

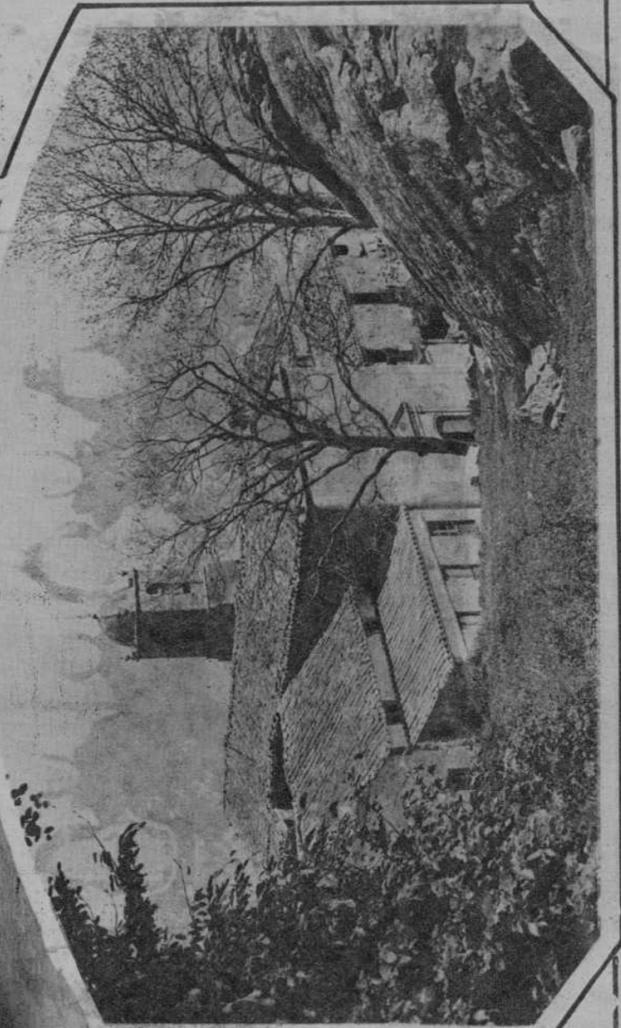


EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA SALUD, EN SAN PELIU DE TER LLAROLS



Vista general del Santuario

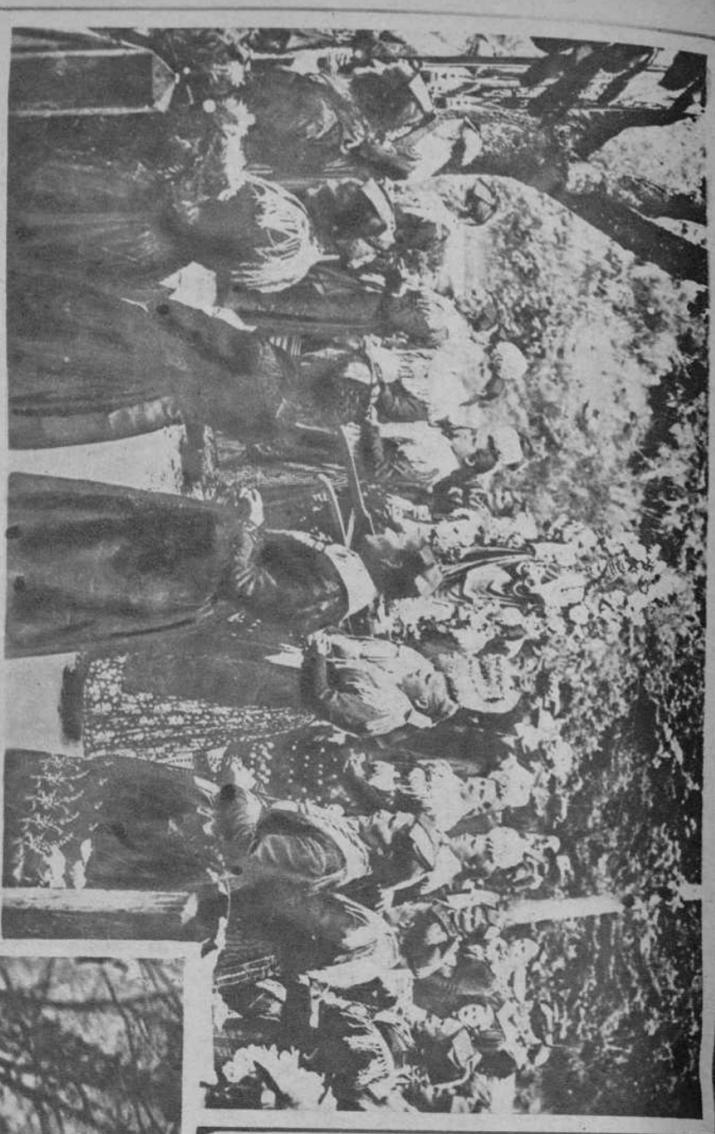
La galería de entrada



(Fots. Battie)

La fachada del Santuario

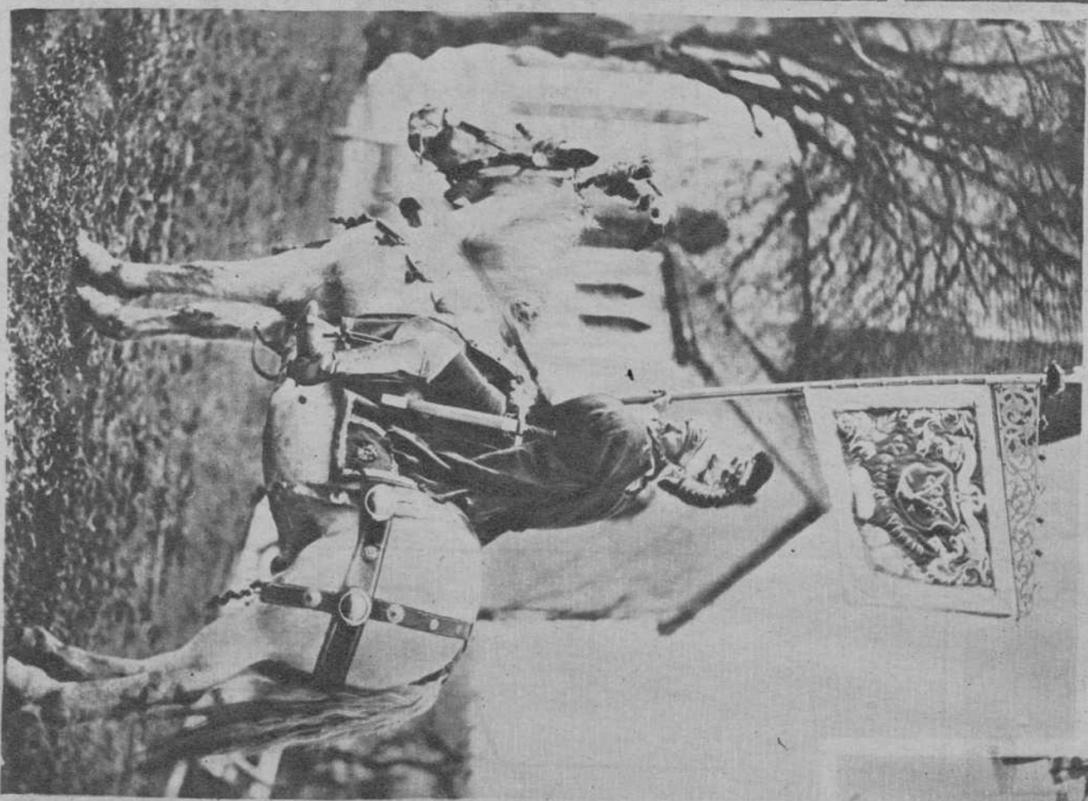
# El domingo de Ramos en el extranjero



En la Selva Negra, donde todavía se conserva el tipo mismo en los trajes, tal día como hoy recorre los bosques una pintoresca procesion, que es a modo de raiaga de luz en la umbria.—(Fot. Scheri)



Los aldeanos bavarios visten hoy sus trajes tradicionales para mejor honrar al Señor.—(Fot. Vidal)



En la procesion de Pascua, de Baviera, salen los heraldos, que recuerdan los soldados romanos de nuestras procesiones.—(Fot. Scheri)



Tambien Cortu tiene una original procesion de Pascua.—(Fot. Scheri)



En el Ducado de Hesse, las n. n. que han hecho la primera Comunión durante el año, visten, el domingo de Ramos, el traje pintoresco, robesante de colorines, que estrenaron al celebrar aquel acto.—(Fot. Vidal)



# Pasatiempos



Población de España

**Barcelona** Un cuponiquel

Por donde se sale uno, cuando no sabe por donde salir...

**X** Consonante Para trillar  
Consonante  
Consonante-100al

Suceso importante

**AT**

Base de sustentación

¡Jesús!...

Vocal

Ante el balcón

Hay que deshacerlo

Charadas

(Por J. ALBAS VERDAGUER)

Compró una una-tres-dos-primera para su hija la todo, una-dos de balde era y aún contestó de este modo: ¡Vuelvome a tres una-dos-unal ¡No tres-cuarta usted que ofende creyendo que soy tontuna? ¡La cuarta-tres-cuarta trujo (y es más cuatro-cuatro que yo) otra que era de más lujo y mucho menos costó!...

¿Qué uno cuatro que pasa que se oye ese total? ¡Son los dos-una de esas palabras les tereñ el principal.

**Poblaciones**  
(Por PICANTILLO)

**K K HADA** - consonante

¡Qué suerte!  
(Por SEPII PLATY)

**DEL AD +**  
ha RESE el II P notas O

(Las soluciones, en el Extraordinario del próximo domingo).

En esta sección publicaremos los pasatiempos que se nos remitan, haciendo constar el nombre de su autor, con los únicos requisitos de que vengan acompañados de la solución correspondiente y un cupón como el que publicamos en esta plana, sean inéditos y originales... y estén bien

**El Día Gráfico**

**CUPON**  
QUE DEBE ACOMPAÑAR  
A TODO ENVIO DE PASATIEMPOS

Soluciones a los pasatiempos insertados en el Extraordinario anterior:

Capital europeo: París.

En las Universidades: Estudiantes.

Isla: Gran Canaria.

Cabeçilla cubano: Céspedes.

Tarjeta: Hilario Martínez.

Charada: Camillera.

Diábolo numérico:

MONTSERAT

ENTREMES

TORERO

ROSA

NO

SENA

RAMONA

SEMESTRE

TERREMOTOS

Fuga de consonantes:

Si se te apaga el cigarro,

no lo vuelvas a encender

si te despide la novia

no la vuelvas a querez.

**Acuse de recibo**

J. Albas Verdaguert

Ahí, Albas Verdaguert

las sus charadas

publicadas están.

Las charadas, que pocas las verán

¡Y es que hay que ver,

qué cosas más difíciles

hace Albas Verdaguert!...

Picantillo:

Picantillo también hace lo suyo

y en resolverlo preocupado vivo.

Peró está bien, y al declararlo arguy,

que ello de publicarlo es el motivo.

Seppi Platy:

Seppi Platy ha batido en su número

de lo difícil el record y del seudónimo;

en cuanto al nombre, no conozco homó-

lónimo;

para la solución, me rompí un número.

(O me rompí la cabeza, q... también es

metafórico y lamentable).

NOTAJARKYN

## SILUETAS DEL SIGLO XIX

# El ingeniero José María Cornet y Mas

los estudios de una línea férrea directa entre Madrid y Barcelona, y fuentes metélicas en Madrid, Zamora, Lérida, Martorell, Tortosa y otras poblaciones. Para la construcción y reparaciones navales, cons-

Grande es la gratitud que nuestra ciudad debe a este insigne ingeniero, cuya innegable pericia, contribuyó en gran parte, al desarrollo que ha adquirido nuestra industria metalúrgica.

Habiendo obtenido el título en 1868, al año siguiente, ingresó como ingeniero jefe en la «Maquinista Terrestre y Marítima», transformando en breve un modesto taller, en una importantísima entidad industrial, pues a más de los encargos particulares, llega a trabajar para el Estado en la construcción de las calderas de los cruceros «Carlos V», «Cataluña», «Cardenal Cisneros», «Extremadura», «Reina Regente» y las de los avisos torpederos «Don Alvaro de Bazán», «Marqués de la Victoria» y «María de Molina», así como también las de los acorazados «España» y «Alfonso XIII».

En 1874, se inaugura el grandioso Mercado del Borne, habiéndose empleado en su construcción, un plazo de diecisiete meses con cuarenta obreros de todas clases.

La «Maquinista Terrestre y Marítima» llevó a cabo la obra en su parte metálica, bajo la dirección de José María Cornet y Mas, según los planos de José Fonsaré, director general del Parque y Jardines de la ex ciudadela. El peso total de la parte metálica, se calculó en un millón de kilos.

Todas las piezas de hierro colado que entraron, fueron, construidas en la «Maquinista» el hierro fué estirado, en la «Herrería de Nuestra Señora del Remedio», de los señores J. C. Girons, situada en San Martín de Provensals; las tejas barnizadas eran procedentes de las fábricas de los señores Maciá, Santigós y Compañía, comúnmente conocida por «La bóbita», y los parrayos con puntas múltiples colocados en sus curvas y templete de la rotóda, fueron elaborados por los señores Dalmau e Hijo.

El mercado iluminado con aparatos de luz cenital y algunas hileras de faroles, con su superficie de 8.400 metros cuadrados, no excedió en su coste de la cantidad de dos millones de pesetas. La industria catalana podía enorgullecerse de haber construido tan excelente obra, con materiales del país y con ello también la «Maquinista Terrestre y Marítima» con su digno director José María Cornet y Mas, el alma de tan magna Empresa.

En 1882 fué inaugurado también el Mercado de San Antonio, interviniendo en su construcción la «Maquinista Terrestre y Marítima» y, por consiguiente, el señor Cornet, que ya en 1880 formaba parte de la dirección de esta importantísima entidad. Como ingeniero industrial, hace también



JOSE MARIA CORNET Y MAS

truye el dique flotante y deponente de Barcelona y el de Cartagena.

Su actividad infatigable y el amor a la industria de su país, le hacen figurar entre la falange de los eminentes economistas catalanes Ferrer y Vidal, Fernando Puig, Güell, Sellarés, Caralt y Puig Saladrigas.

En Madrid, siendo diputado, y en la Junta de Aranceles y Valoraciones a la que perteneció unos treinta años, llevó a cabo su grande obra de proteccionismo, tomando parte en todas las revisiones arancelarias, siendo uno de los más activos colaboradores del arancel de 1892, a cuyo amparo se establecieron trescientas industrias nuevas en España. Fué uno de los más entusiastas adalides del Congreso Económico celebrado en Barcelona el año 1888.

Timbre de gloria para Cornet, fué el brillante papel que hizo la «Maquinista Terrestre y Marítima» en la Exposición Universal. Del «Diario Mercantil», copiamos estos párrafos de un artículo reseñando las instalaciones de la «Galería de máquinas», «La Maquinista Terrestre y Marítima». — A estos inmensos y bien montados talleres, honra de la industria española de construc-

ción de máquinas, corresponde sin disputa el honor de ocupar el primer sitio entre los expositores de nuestro país.

Si dispusiéramos de mayor espacio, copiaríamos algunos datos estadísticos para dar a conocer al público la importancia de esta casa constructora.

Tarea innecesaria puesto que cuando pudiéramos anotar lo sabe todo el mundo industrial...»

Después de reseñar los objetos expuestos, dice:

«Terminaremos este artículo, felicitando sinceramente a la «Maquinista Terrestre y Marítima», por el brillantísimo papel que representa en nuestra «Galería de máquinas» y refiriéndonos a lo que se hace en sus vastos y reputados talleres, nos valdremos de la frase algo vulgar, pero muy expresiva, que dice: «para la muestra, basta un botón...», pero, ¡qué botón!»

José María Cornet y Mas, fué diputado por Manresa en 1890, año en que fué aplaudido por primera vez el Sufragio Universal, y por los años 1898 a 99 representó el distrito de San Felín de Llobregat, consiguiendo la concesión de un puente a Martorell, en agradecimiento de lo cual, el Ayuntamiento de aquella villa hizo colocar una lápida en el salón de sesiones.

Figuró en el partido conservador, pero desde 1901, vivió apartado de la política. Presidió el Congreso de Metalúrgicos que se celebró en Barcelona, y en él, se acordó la creación de la Asociación Nacional de Industrias Metalúrgicas, de la cual fué presidente, así como también del Fomento del Trabajo Nacional, compartiendo con el Marqués de Comillas, la presidencia de la Liga Marítima de Barcelona. Presidió también, la Asociación de Ingenieros Industriales de Barcelona, siendo además miembro honorario de la «Societa des Ingenieurs Civils de France».

Su carácter afable y su don de gentes tan apio para la diplomacia, le hicieron necesario para captarse las simpatías de los centros ministeriales, consiguiendo, con estas dotes, que altas personalidades políticas se hombrasen con su amistad.

Su muerte, ocurrida en mayo de 1916, fué muy sentida por todo lo que en Barcelona significaba ciencia, producción y trabajo. Había nacido en nuestra ciudad el año 1839.

Joaquín BAS GICH

EL NUEVO EVANGELIO

# La mujer moderna quiere ser bella

Dicen los pensadores que la postguerra ha desencadenado el afán de las cosas materiales en las nuevas generaciones y, sobre todo, un ansia enorme de libertad individual y social en la mujer, de lo que es buena prueba el movimiento feminista. Sea cierto o falso ese dictamen, es un hecho que el culto de la belleza física ha tomado caracteres de evangelio en la juventud de hoy, sin distinción de sexos. El gusto febril y hasta exagerado si se quiere del deporte en los muchachos es prueba del desarrollo alcanzado por el culto del vigor muscular como manifestación de la belleza masculina. En cuanto a la mujer moderna, sin desdenar el deporte—de la que es con frecuencia apasionada—, ese fervor por la belleza del cuerpo llega a extremos que recuerdan la edad del paganismo. De ahí, los infinitos y exquisitos cuidados de la Eva de hoy por vestidos, cara y cuerpo. A tal punto de vehemencia llega en el mismo de su persona que cabe decir que nunca poseyó los refinamientos de elegancia, higiene y adorno en lo físico que en los días que corren.

Una de las formas que reviste en las mujeres el afán de parecer bellas o de serlo —hay en esto simulaciones perfectas— es la pintura del rostro. El empolvante la cara que hasta ayer constituía una costumbre excepcional, o síntoma de coquetería desusada, o prurito de atraer las miradas de todos, se ha tornado, costumbre extendida, bien que sean muchas las mujeres y los hombres que gustan de la belleza física natural, sin afeites. Sostienen, sin embargo, los bien enterados, que el cutis por fino que sea, gana enormemente al ser empolvado con arroz molido, perfumado y con mezcla de polvos de talco. Esta moda, de resaltar la faz así, es antiquísima en la mitad más frívola del género humano. El «maquillaje», o pintura del rostro, es tan viejo como la civilización. Como es sabido, los egipcios pintaban las caras esmaltadas de sus sacerdotas, y con tal refinamiento, que inventaron para ello procedimientos ignorados por Grecia y Roma, bien que respecto a esta última, Ovidio, Plinio el Viejo y Juvenal en sus obras prodigan los permementos acerca del modo que tenían los romanos

de embianquecer la piel con pastas untuosas. A una de las favoritas de Nerón se le atribuye el invento de un cosmético para mantener aterciopelada la piel.

Siguiendo estas citas históricas, pueden hallarse abundantes datos para demostrar que el «maquillaje» es antiquísimo. Por ejemplo, a Catalina de Médici se le atribuye el haber introducido en Francia los afeites. Está fuera de duda de que la corte, medio italiana, de los últimos Valois, puso de moda la costumbre de pintarse el rostro y el uso de los perfumes. Y es curioso, hasta los siglos tienen sus colores en esto. Parece ser que el siglo XVII prefería el rojo y el XVIII abusó de ese color y, en sus postimerías, se hizo polícromo. A tal extremo llevaron damas y damiselas el afán de embellecer sus rostros con tintes, mejunjes, aceites, etc. etc., que al ser presentados en cierta ocasión un diplomático extranjero que opinaba de la belleza de la mujer francesa, contestó: «Perdóname usted, no entiendo de pintura».

El culto de lo bello en sus manifestaciones físicas, ha dejado sentirse hasta en el progreso del arte de ser bonita si no ha derribado la agrietada, cuando menos, a la Sublime Puerta. El fez y el turbante han caído vencidos. Las decoradas no seaban ahí. Antes, el privilegio de maquillarse correspondía solamente a las artistas de teatro y a las señoritas de «music-halls»; ahora, las mujeres rivalizan en sus afeites pictóricos sin distinción de clases sociales. Es imposible descubrir su rango y calidad por la pintura. Honestas, ricas, pobres y alegres, practican el cosmético en materia de afeites, cosméticos y peinados.

Ahora bien, como en la paleta de Goya y de Velázquez, hay un arte de retrocarse el rostro. No se puede pintar la cara con la indiferencia que se embadurnan puertas y ventanas. El estilo y la coquetería des- empeña un importante papel en la composición de una faz bonita y no digamos de las que no son más que pasaderas. En Norteamérica predicaban—¡Norteamérica había de ser!—que es un disparate confundir los tonos y los matices al escoger un cosmético. Los cabellos de oro, por ejemplo, o

de cobre bermejo, requirieron para el cutis polvos oscuros más que blancos, y para las cejas y pestañas prohiben terminantemente el uso del negro. Para las rubias se prescribe polvos rosados en las mejillas, crema rosa pálida hasta la comisura de los labios. El lápiz gris claro para los ojos, sombreando el arco de las cejas y la franja de las pestañas.

La morena debe usar polvos y pinturas carmin oscuro. Sombreará de negro los ojos, las pestañas y las cejas.

Y en todos los casos, la fantasía y el gusto propio harán prodigios de arte, que será en vano pretender suscitar de otro modo.

¿Es un mal? ¿Es un bien este culto nuevo por la hermosura física? Es una moda, y esta es la razón suprema de muchas cosas cuando falta precisamente razón para sostenerlas.

ATHOS

EL FALDERO Y LA ZARZA

(Fábula)

Jugando un perro faldero con un pedazo de tela que destrababa, inclemente, sin darse cuenta, siquiera, del daño que ocasionaba, tirando de él con violencia, fué a parar junto a una zarza cuyas espinas arrieras prendieron en el pelaje del animal, que entre quejas, iba diciendo afligido:

—Señora zarza: ¿qué ofensa ha veengado usted en mi pelo? ¿Le causé nunca molestia? —¡Dígame usted, señor gozque y diga pronto, en conciencia, si esa tela que destraba ofendió en gran manera...!

—Es simple cosa de juego... —¡También yo juego. Con que, eh, deje de chillar, que al cabo es justo que a hierro muera todo aquel que a hierro mata, y si no quiere que le pinche, apártese de mí vera.

La zarza estuvo oportuna en su firme repñimenda... Quien siembra datos, no espere cosechar nunca obras buenas.

CLOVIS ELMERO



## HISTORIA NATURAL

EL CISNE

Desde la más remota antigüedad, los cisnes han llamado la atención del mundo entero por la gracia y elegancia con que nadan, sobre todo cuando, levantando a medias sus redondeadas alas, se dejan llevar por la brisa, cual un antiguo navío con sus velas desplegadas.

Los poetas se han complacido siempre en cantar la gentileza de estas magníficas aves—con el clamo—ha escrito Buffon—respiran la voluptuosidad y el encanto que nos hacen gustar las gracias y la belleza, todo nos anuncia, todo nos lo pinta como el ave del amor».

Pero toda esta poesía, se ve realidad más que cuando el cisne está en el agua; fuera de ella, es ave pesada y torpe, y sus cortas patas restan toda elegancia a sus movimientos.

En cuanto a su carácter, lejos de ser dulce y amoroso, se muestra constantemente irascible y pendenciero, sobre todo para las aves más pequeñas, son los cisnes unos tiranos insupportables.

Las siete u ocho especies de cisnes conocidas, pueden considerarse como formando un género único.

De ellas, la más familiar para todo el mundo, es el cisne común, llamado también cisne mudo, por lo poco frecuentemente que deja oír su voz, si es que puede llamarse así a una especie de ronquido desagradable. La blancura de su plumaje no basta para distinguir esta especie, puesto que es común en casi todas ellas; sus rasgos característicos están en el pico, que es rojo, con la una negra y un tubérculo o verruga sobre la base, negro también lo mismo que el espacio desnudo delante del ojo.

El cisne común, se encuentra en estado salvaje en el Norte y Este de Europa y en toda el Asia Central, y en invierno emigra a las costas del Mediterráneo y del Caspio y al Norte de la India.

Es ave fácil de mantener, pues se alimenta casi exclusivamente de plantas acuáticas y de hierba, comiendo también caracillos, lombrices e insectos.

El nido del cisne es un montón de plantas acuáticas colocado cerca del agua. La puesta consta de cinco a nueve huevos verdosos.

# Páginas infantiles

## GALERIA DE HOMERUS CIEBRIS

NICOLAS LEBLANC

Este químico e industrial francés, inventor de la producción artificial de la soda, nació en Irsoudun, en 1742.

Hijo de un modesto herrero forjador, estudió Medicina y entró como cirujano en la casa del duque de Orleans.

Cuando en 1783, el Gobierno francés ofreció un premio al que lograra obtener sal comita (carbonato sódico), partiendo de la sal común, Leblanc, estimulado por la recompensa, dedicóse a estudiar este problema, que resolvió seis años más tarde, presentando un método de soda barata, perfeccionando el procedimiento propuesto algún tiempo antes por de la Méthérie, que no había tenido éxito.

El procedimiento de Leblanc, después de comprobado por Darcey, se aplicó muy pronto en gran escala en una fábrica que fundó en Saint-Denis su mismo autor en unión de Sébée y de Dizé, y con la ayuda económica del duque de Orleans, del cual era médico.

Durante la Revolución, el duque fué ejecutado y confiscados sus bienes, se incluyó entre ellos la fábrica que cesó de funcionar. Por exigencias del Comité de Salud Pública, Leblanc tuvo que hacer entrega al Estado del sistema de fabricación que él había descubierto, para el cual había obtenido, antes de la Revolución, privilegio por quince años.

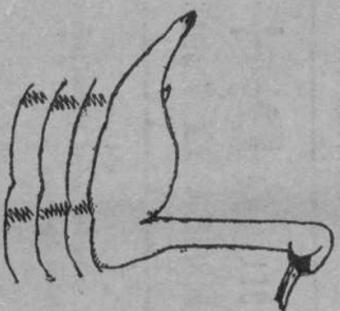
Como indemnización, consiguió en 1801, que se le devolviera la fábrica, pero como no tenía capital, no pudo volver a ponerla en explotación, y vivió miserablemente hasta que descorazonado, puso fin a sus días, suicidándose en 1806, en el patio del Hospicio de Dijón.

Este notable médico y químico, que tan trágico fin tuvo, había alcanzado durante la Revolución algunos puestos elevados, como el de administrador del Departamento del Sena; diputado en la Asamblea legislativa, miembro de Comisiones y Comités científicos.

En París se le erigió una estatua en 1887, en el patio del Conservatorio de Artes y Oficios, para perpetuar su memoria. Dejó escritos varios trabajos sobre el cobalto y el níquel, sobre el alumbre y la soda de su invención.

B. S. N.

B. S. N.



EL CISNE

sas, tales como el «cisne trompeta», de Norteamérica, que debe su nombre a su voz fuerte y sonora como el toque de clarín; el «cisne cantor», de las regiones septentrionales, que posee una voz bastante melódica; el «cisne negro», de Australia, notable por su plumaje negro como el carbón y con el pico encarnado con una banda blanca; el «cisne de cuello negro», que vive en Chile y la Argentina, único que lleva un tubérculo redondo sobre el pico, descubierta a fines del siglo XVII, por el explorador español Francisco Cornel.

El cisne, desde la Edad Media, se ha ido aclimantando en Europa como ave de adorno y en muchos puntos se reproduce en cautividad o en un estado de semidomesticidad.

B. S. N.

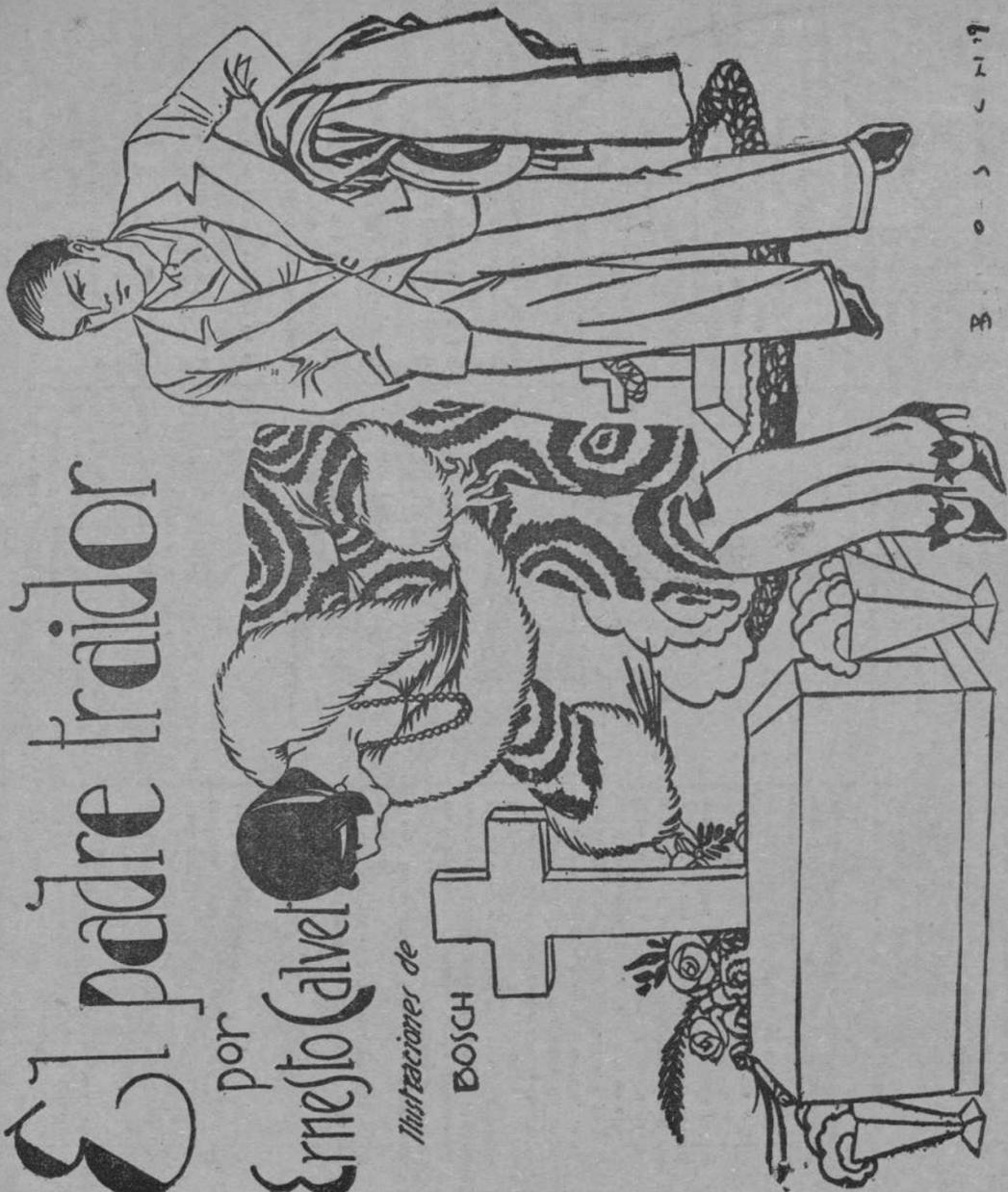
B. S. N.

# El padre traidor

por Ernesto Calvet

Ilustraciones de

BOSCH



B O S C H

## CAPITULO II

### Los últimos días del Imperio

Rasputin estaba muerto, pero el rasputinismo vivía. Protopopof había sustituido al padre Gregorio con sus sesiones de espiritismo, sus consejos y su enemiga a la Duma, sólo que si Rasputin producía odio, Protopopof no recogía más que desprecio. El odio por Rasputin, se había transformado en odio a la emperatriz. Ella era "la alemana" que buscaba una paz separada, la mística vesánica que sólo creía en lo sobrenatural, la zarina autocrática que resistía, aconsejando la resistencia del zar, a todas las peticiones de un Gobierno responsable, de una administración rápida, organizada y honesta, de un aprovisionamiento del ejército articulado.

De todas partes acudían a Palacio personalidades que iban, llenas de pesar, empujadas por lo que creían su deber de rusos patriotas y de monárquicos leales. La emperatriz recibió al obispo Teofán, y a pesar de haber sido hecho obispo por Rasputin, insinuó la verdad.

—Los mujics están cansados de la guerra, pero aun llenos de tristeza y de pesimismo, resistirán. Esto no me produce una gran inquietud. Lo grave es que los soldados que regresan del frente, heridos, enfermos o con licencia, hablan abominablemente de la monarquía y de la iglesia. Las costumbres se han corrompido. Todo se vuelven robos, incendios, crímenes y violaciones. El vicio de la morfina, salido de los hospitales, hace estragos. El mujic se ha vuelto depravado y revolucionario, y como nadie lo educa, como tampoco en lo alto ve buenos ejemplos, temo que lleguen grandes males para Rusia.

Uno de los ayudantes del zar, amigo fraternal, el almirante Nilof, creyó que la situación le imponía decir la verdad a su soberano y a su amigo:

—El pueblo ha perdido la fe en su zar y ya no la recobrará. La emperatriz es odiada y sobre ella caen todas las acusaciones. No hay ministros capaces y todos ellos, son o viejos torpes o ambiciosos desequilibrados. Todavía puede haber salvación, mediante una reconciliación con la Duma, dando los Ministerios a hombres competentes y alejando a la emperatriz.

El zar se revolvió violentamente:

—Yo puedo nombrar otros ministros, acercarme a la Duma, pero la emper-

Ella misma, la emperatriz, comenzaba a tener sus sueños simbólicos. Una noche Ana Virubova, que desde la muerte de Rasputin vivía en Palacio, por decisión de los zares, fué despertada para que acudiese al lado de la zarina, desvelada por un sueño terrorífico.

—Acabo de verlo en sueños por primera vez. Y me ha hablado. Y yo no sé si fué en sueños o si su sombra entró en mi cuarto.

La emperatriz estaba desencajada, temblando toda ella todavía por la visión terrible.

—Yo acababa de trabajar. Había estado escribiendo a Ernie y a Enrique (\*), siguiendo sus consejos. ¿Tú te acuerdas de lo que nos decía en sus últimos días?: "Cuando comenzarán a cantar en nuestro parque y a verse banderas rojas ya será tarde para discutir la paz. No quedará más que un recurso, firmarla, a fin de que, si son necesarios, el emperador Guillermo nos envíe sus soldados contra los revolucionarios."

La emperatriz hablaba precipitada, convulsivamente, en un monólogo de misterio y de angustia.

—Pues bien, después de escribir me he echado sobre el sofá y he comenzado a dormir. Entonces he visto cómo se abría la puerta y entraba el padre Gregorio, pálido, lento, y con una infinita melancolía en los ojos. Se fué acercando a mí y me puso su mano en la frente, una mano helada que hizo penetrar el frío dentro de mi cerebro. Yo sabía que estaba muerto, que no podía venir a verme y grité. Entonces él me dijo: "¿Te acuerdas de todo lo que yo te había profetizado? ¿Te acuerdas que yo te decía que cuando el mujic llegara se hundiría todo? Pues el mujic ha llegado. Mira... ¿No ves nada?". Yo intenté mirar y ver pero sufría y no veía nada. El, separó la cortina y vi que todo el palacio ardía y que por el parque corrían unos hombres frenéticos, llevando banderas rojas. Horrorizada le pregunté al padre Gregorio: "Pero esto ¿qué es? ¿Qué gentes son éstas?". "Son los mujics—me respondió—, pero no temas, yo iré a su encuentro para que no te hagan daño..."

—La emperatriz terminó de contar su sueño:

—Di un grito y me desperté, pero en la frente seguía sintiendo su mano fría... Ana, Ana, ¿qué quiere decir todo esto? ¿Qué presagia esta aparición del padre Gregorio?

—Nada, un sueño. Además, ¿no te dijo que él te protegería?

—Sí, sí, pero esto es la revolución que llega.

La Virubova, intentaba calmarla:

—Es un sueño, sólo un sueño.

—Si el padre Gregorio se me ha aparecido, es porque él debe haberlo dicho

les frases de consuelo, puso el médico una crueldad:

—Animo, ánimo. ¿Qué culpa tiene usted, al fin y a la postre, de ser llama y de que él fuera bien combustible... y bien inexperta mariposa?...

Revolvíse Laura, horrorizada:

—Entonces... oh, entonces... ¿lo he matado?

Desmanteló el médico las posiciones, replegándose:

—No, bah, no... lo ha matado el amor, si acaso.

—El amor!...dijo ella y volvió a su llanto, de sollozos e hipos, hasta que una bocina, cortando el silencio con su grito nocturno campesino, de insondables abismos de silencio—, la hizo recobrar.

—Ahí está.

—Sí, ahí está...

Se asomaron al ventanal. La casa estaba edificada junto a la falda del monte, con

muerto de pinos. Pinos esbeltos, como muchachos ambiguos o doncellas adolescentes, sucintas y turbadoras; pinos con las copas peinadas a lo «gargón» o a lo «efebó»; pinos atormentados en tremendas contracciones, como viejos pacientes de parálisis absurdas; pinos aislados, adoradores de la soledad; pinos en grupos, como contándose secretos, o devanando conspiraciones contra el viento que hacía sonora la lira de sus copas... Pero en la noche, sólo los pinos de la cúpula, recortadas sus siluetas sobre la plata de la luna, se distinguían; pinos gigantes, avizores, señeros...

La carretera, parecía una sierpe blanca y sobre ella, como una oruga—o mejor, por las luces de los faros, como un gusano de luz—, resbalaba el automóvil, acercándose, acercándose.

A los nuevos alertas de la bocina, acudió Blanca, la doncella:  
—Señorita; un automóvil... Sin duda es el padre del señorito.

(\*) Los príncipes alemanes de Hesse, hermanos de la emperatriz.

—Sin duda...  
—¿Baja usted?...  
—Don Carlos, contestó por Laura:  
—No, muchacha, baja tú, abre tú, que  
suba el señorito inmediatamente—dijo y en  
seguida a Laura, que con el mirar le in-  
terrogaba.  
—Será mejor, señora, que no se presente  
usted hasta que la llamemos; al fin y al  
cabo...  
—Al fin y al cabo, soy el verdugo de su  
hijo...  
—¡No!, No, por Dios. Al fin y al cabo...  
es el el padre del hijo que se le muere, y  
lo más importante será que vea a su hijo  
cuanto antes.  
—Como usted quiera. ¿Se queda usted?  
—Sí, me quedo yo. La llamaré...  
No pudo concluir. A tiempo que salta la  
doncella y el «cuto», junto a la puerta, fre-  
naba, el estertor del agonizante se hizo más  
acusado, más doloroso. Entraron los dos, en  
la alcoba; entró el padre, en seguida, tan-  
bien.  
Y como el médico marchó, despedido por  
la muerte, el padre y Laura se miraron por  
primera vez—tras de llorar él en silencio,  
y ella en ayes lastimeros, largo rato—, con  
el muerto entre los dos.  
Alboreaba. Como si aquella realidad fuese  
un cuento sujeto a todos los tópicos ille-  
rarios, de lo lejos vino el canto de un pas-  
tor, melancólico y apagado; y sonaron las  
esquilas; y hasta algún pájaro tuvo sus  
primeros gorjeos para la amanecida.  
El caballero, al fin, dijo:  
—Salgamos.

—Pero el muerto tenía los ojos abiertos y  
parecía pedir, con la mirada, que no le de-  
jaran solo; bajaron sus párpados; cruzaron  
sus manos... Salieron. El muerto abrió,  
belta, la boca, y de las fauces, que tras-  
cendían a tumba, surgió un ruido orgá-  
nico. Cubrióse con el embozo; salieron,  
al fin.

—¿Qué piensas hacer ahora?  
—Oh, nada... no sé... ¿quién piensa en  
mí?  
—La casa, ¿es de mi hijo?  
—No; ni los muebles; ni las ropas...  
—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.



—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

(De nuestro Concurso de Cuentos)



La respuesta, a la bien concreta oferta,  
fue un de nuevo tronchase el tallo pód-  
roso, la cabeza de melena leonada, en so-  
llozos y congojas.  
—Oh, perdón, perdón, Laura. Perdón  
y no tema. Yo aseguraré su vida. Fue pre-  
diga como él y esta prodigalidad ha sido  
su honradez. Nada le ha de faltar nada,  
mas que la vida de mi hijo, muerto de amor,  
feliz seguramente...  
—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

El Testamento de Rasputin

La carta fue enviada por la emperatriz;  
"Ese hombre, Makarof, era un enemigo oculto del "staretz". Para res-  
petar su memoria, hay que reemplazarlo por Dobrovolski, como El nos lo había  
ordenado".  
Así fue hecho. Dobrovolski fue elegido como ministro de Justicia.  
Rasputin continuaba destituyendo y nombrando ministros, después de  
muerto.

—¿De usted, entonces?  
—No, no. Es alquilado. ¿Gastábamos tan-  
to y tan sin medida, que no teníamos nada  
nuestro. Venir aquí, así fue una huida...  
—¿Y yo? Yo estaba en París; sabrás que  
estaba en París. Una carta, un telegrama,  
hubiera bastado...  
—Preferíamos esperar—por decoro—, el  
cobro de la pensión, cada tres meses. ¡Eira  
tanto lo que gastábamos! Tanto lo que  
nos daba usted...  
—Bien, bien, dejemos eso: ¿y ahora?  
—Quedó el interrogante entre los dos, con-  
vertido en el aún en otra pregunta, que  
tarde todavía buen rato en atreverse a plas-  
mar:  
—Con franqueza, Laura; como si yo no  
fuera el padre de ese muchacho: ¿usted es  
rica? ¿Usted tiene dinero?  
—Las mojillas de Laura, como heridas por  
una fusta, se coloraron. El insistió el hom-  
bre:  
—Sin acorramientos, Laura; yo he vivido  
mucho y lo perdono todo. Mi hijo se ha  
graduado con usted en cinco años, medio mi-  
llón de pesetas. Guarde usted algo de ese  
dinero.

(\*) Aventurero, gran amigo de Rasputin y secretario que fue del presidente del Consejo, Sturmer, habiendo sido detenido por cohecho, y luego libertado. Véase "El Diablo en la Corte del Zar".